

Crónica del 4º encuentro del Club de Lectura *El destino emocionante*, 2025-26
UNED Pamplona, 17 de febrero de 2026

Libro: *Las ocho montañas*, Paolo Cognetti

Coordinador: Ignacio Lloret

A menudo, en estas tertulias mensuales, hay por mi parte un doble placer: el del reencuentro con las lectoras del Club, que se da en cualquier caso, que es mayor a medida que las conozco mejor y me gano su confianza, y ese otro que se añade en el momento en que compruebo que el libro les ha gustado, les ha convencido, cuando constato que les ha merecido la pena dedicar unas cuantas horas o unos cuantos días a ese título propuesto por mí.

Así sucedió el pasado 17 de febrero en la última sesión. No ocurrió al principio de todo, con la intervención de uno de nuestros tertulianos masculinos, pues entonces yo todavía dudaba del parecer general, de lo que pensaban nuestras lectoras. Y es que, a pesar de esas primeras palabras, de esa crítica inicial, yo aún creía que, por ser la alta montaña algo más propio de hombres que de mujeres, o acaso por tener yo ese prejuicio, la opinión de Pablo no sería la misma que la del resto, sería una excepción entre una generalidad de impresiones negativas. Fue unos minutos después, con las primeras voces femeninas, cuando confirmé con alegría que la mayoría defendía una posición similar.

Pero vayamos al libro. En este tipo de novelas donde el espacio geográfico juega un papel fundamental, es importante que el autor sea capaz de llevarnos allí, de ambientar la historia y anclarla en el lugar de manera que el lector lo vea con la misma nitidez que él. Como destacaron oportunamente varias contertulias, *Las ocho montañas* consigue eso antes de nada. Gracias a las descripciones precisas y amenas, al buen conocimiento que Cognetti tiene de esa zona de los Alpes lombardos, nosotros, durante la lectura, también estamos en el Grenon. Vemos los picos y los valles, los bosques y los prados, a las personas y a los animales. Oímos el agua discurriendo entre las piedras y el ruido del viento entre los árboles. Olemos el humo de la leña quemada en las chimeneas de las casas y la hierba mojada después de la lluvia de verano.

Claro que al autor no le bastaba con eso, el asunto no podía quedar ahí. Una vez preparado el terreno, descrito el escenario con solvencia, también debía funcionar lo

otro, la constelación de personajes, la relación de amistad entre Pietro y Bruno como epicentro de un panorama familiar completo. Para acertar en este punto, Cognetti sabía que debía ser paciente, darse muchas páginas de margen, no precipitarse con alardes innecesarios, con sucesos explosivos, con escenas espectaculares. El escritor italiano era consciente de que, de una forma paralela a la evolución de cualquier vínculo entre dos personas en la vida real, él debía ir poniendo piezas en el edificio narrativo, pequeños episodios protagonizados por los dos amigos que fueran sumándose con el paso de los años, capítulos de su relación separados por periodos más o menos largos donde aquélla se desvaneciese un poco, donde perdiese fuerza sin desaparecer nunca del todo. Y es que sólo así, a base de encuentros periódicos interrumpidos por elipsis, la historia podía cobrar sentido, hacerse verosímil, persuadir al lector. Sólo de ese modo éste podía observar y vivir su crecimiento, conocer a los protagonistas al mismo tiempo que ellos iban descubriéndose entre sí.

Si más arriba he mencionado una serie de cosas que Cognetti debía evitar al escribir este relato de amistad, es porque, actuando de esa forma, lograba algo que se aprecia en su libro, un aspecto siempre decisivo en literatura y que ya se ha comentado otras veces en nuestra tertulia. Me refiero a la contención de los hechos, de la acción y, como una extensión de esa misma idea, a la ausencia de dramatismo. He ahí otra de las cuestiones que se subrayaron en el último encuentro del club: la tranquilidad narrativa, la calma, la falta de prisa que caracterizan, entre otros rasgos, a *Las ocho montañas*. Es verdad que en ciertos pasajes de la novela se juega un poco con la paciencia del lector, con su ansiedad natural, se pone a prueba su lealtad. Y es que, cuando una historia va elaborándose con un tempo pausado, sin “fuegos artificiales”, se corre el riesgo de que decaiga en exceso la tensión narrativa y, por tanto, más allá de compromisos u obligaciones, se abandone la lectura. Como también se recordó durante la tertulia, la buena literatura, el arte en general, avanza siempre por un filo, al borde de un acantilado, por una cornisa estrecha. El asunto no es tan grave como en la realidad, como esos pasos alpinos o pirenaicos donde existe el peligro de una caída de cientos de metros. Aquí, en los confines de la creación literaria, lo que puede suceder es que el lector se aburra, que se desanime, que no pueda esperar a que la historia se desarrolle como es debido. Cognetti asume esa posibilidad, acepta el desafío inherente a toda creación artística, y sale airoso de él.

Hay más cosas positivas. Hay algo que me gusta llamar “coherencia dramática”. Me refiero a un correlato entre el presente, la historia de Pietro y Bruno, y el pasado familiar. Por una parte, eso se traduce en la figura del padre de Pietro, que queda muy bien

perfilada en el libro. El lector le ve con tanta claridad, su carácter y sus afanes, sus impulsos y sus anhelos, que, cuando aquél muere, empieza a echarle de menos, se topa una y otra vez con su rastro en la novela. Es precisamente en este punto donde el libro alcanza sus momentos más emocionantes, como cuando Pietro va encontrándose con los mensajes escritos de su progenitor en los buzones de las cumbres, o cuando conoce y ejecuta su última voluntad de construir una casa en la *barma*, en el terreno adquirido por él.

Por otro lado, la muerte trágica de Piero, ese tío materno de Pietro que fue compañero de excursiones del padre, funciona asimismo como razón dramática oportuna en los confines de la trama. Es un suceso anterior al propio relato que justifica literariamente unas cuantas cosas en él, y que, dotándolo de ese halo de misterio asociado a los secretos familiares, incrementa la verosimilitud de la historia.

A propósito de los personajes, que constituyen uno de los grandes logros de *Las ocho montañas*, es justo mencionar a la madre de Pietro. Aunque a primera vista puede parecer que es secundario y que tiene un recorrido limitado en el libro, un análisis más detenido nos lleva a constatar que, no sólo hace las veces de contraste con la movilidad de los montañeros desde su posición más bien sedentaria en Grana o en Milán, sino que funciona de correa de transmisión entre Pietro y la familia de Bruno, incluidas Lara y su hija. Gracias a ese personaje femenino, el autor puede justificar la comunicación, el flujo permanente de información cuando Pietro está lejos del Grenon, en el Himalaya, siempre teniendo en cuenta que la historia está contada por éste en primera persona.

No querría terminar esta reseña sin mencionar el final, el desenlace tan acertado y emocionante que supone la desaparición de Bruno en el corazón de los Alpes. También aquí hubo unanimidad entre nuestras lectoras, acuerdo en que la novela no podía acabar de otra manera. Porque, además, ese encuentro definitivo entre el hombre y su tierra, entre el personaje y su espacio natural, hace que haya una confluencia perfecta, un cumplimiento lógico de destino en el caso de Bruno, a pesar de que su vida haya estado llena de reveses de todo tipo. En cierto modo, comparado con él, Pietro queda paradójicamente a la deriva, perdido en su inquietud viajera, en su *perpetuo mobile*, en su desarraigo sin solución. Y más allá de eso, por encima de los dos amigos y de sus tribulaciones, ese final mencionado convierte a la montaña en auténtico personaje del libro, en una enorme metáfora de la vida.

Ignacio Lloret, 22 de febrero de 2026

Libros y películas relacionados y/o mencionados en la sesión

- ***Reencuentro***, Fred Uhlman
- ***Paradero desconocido***, Taylor Kressmann
- ***Narciso y Goldmundo***, Hermann Hesse
- ***La pasión de los extraños***, Marina Garcés
- ***Las ocho montañas***, Felix Van Groeningen y Charlotte Vandermeersch